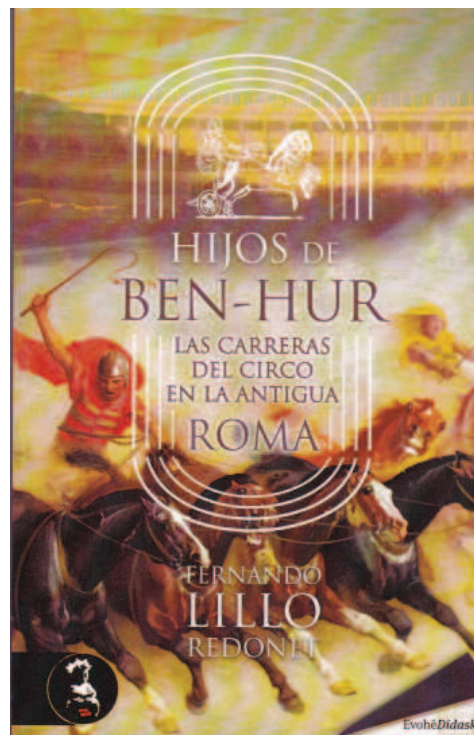


FERNANDO LILLO REDONET, *Hijos de Ben-Hur. Las carreras del circo en la antigua Roma*, Evohé Didaska, Ediciones Evohé, Colmenar Viejo (Madrid), 2016, 96 pp. ISBN: 978-84-946240-2-5.



Al definir la antigua Roma, no creemos exagerado referirnos a ella como una auténtica “civilización del espectáculo”, en el sentido de una sociedad en la que el entretenimiento no era sólo un objetivo de los ciudadanos particulares, sino que incluso se convirtió en uno de los ejes fundamentales de la actuación del Estado, sobre todo en época imperial, cuando los emperadores dilapidaban auténticas fortunas para mantener entretenidas a las masas ociosas de la capital con la multiplicación de los días dedicados a los *ludi*, política ésta imitada a escala más humilde por las ciudades provinciales. En este sentido, podemos considerar a

Roma como el precedente más claro e inmediato de una sociedad como la actual, donde huir del tedio y del aburrimiento para llenar las horas de ocio se ha convertido en un fin vital en sí mismo, tanto a nivel privado como público.

La sociedad del espectáculo romana se desarrollaba fundamentalmente en el marco de los *ludi* y sus piedras angulares eran, ante todo, los combates de gladiadores, desarrollados en la arena del anfiteatro, y las carreras de carros, que tenían lugar en el circo y en el hipódromo (en el caso del mundo bizantino), sin olvidar otras actividades “lúdicas” menores que tenían como escenario tanto el anfiteatro como el circo, amén de los importantísimos *ludi scaenici*, cuyo marco era el teatro.

A este respecto, Fernando Lillo Redonet, un gran conocedor y divulgador del mundo clásico, ya se ocupó del mundo de los gladiadores en su libro *Gladiadores. Mito y realidad*, publicado en 2011 por Evohé y reseñado en el número 2 de *Thamyris*, <[http://www.thamyris.uma.es/Thamyris2/Resenya\\_Gladiadores.pdf](http://www.thamyris.uma.es/Thamyris2/Resenya_Gladiadores.pdf)>, y muy recientemente ha visto la luz también en Evohé un interesante trabajo suyo sobre el mundo del circo romano, *Hijos de Ben-Hur*, centrado sobre todo en las carreras de carros que tenían como escenario principal el Circo Máximo, del cual nos vamos a ocupar en esta reseña.

En esta obra, sirviéndose de un buen número de fuentes primarias, entre las que ocupan un lugar destacado las fuentes epigráficas, y de una actualizada bibliografía sobre el mundo del circo en Roma y Bizancio, que el lector encontrará en las pp. 93 a 96, el autor reconstruye todos los aspectos que rodeaban los *ludi circenses*, un espectáculo de masas que por el entusiasmo que despertaba en el público romano es comparable a la pasión que suscitan en nuestro tiempo deportes como el fútbol o el béisbol, reconstrucción que se hace con rigor y solvencia, sin ahorrar en detalles de todo tipo —que recrean la intrahistoria de este espectáculo— y sin abandonar el tono divulgativo y didáctico tan habitual en muchas de sus publicaciones sobre el mundo clásico.

Su exposición se centra en cinco aspectos fundamentales: los detalles relativos a la organización de este tipo de espectáculo (el capítulo I, “Antes del espectáculo”); una detallada descripción de las instalaciones donde se desarrollaban las carreras, sobre todo el Circo Máximo romano y el hipódromo en Bizancio (el capítulo II, “El lugar del espectáculo”); el desarrollo de las carreras (el capítulo III, “Un día en las carreras”);

la influencia de las carreras en la vida cotidiana, donde se detiene en ilustrar la gran popularidad de este tipo de *ludi*, así como en dar detalles de la vida y gestas de los principales aurigas y caballos ganadores de las carreras, entre otros muchos detalles (el capítulo 4, “El impacto del espectáculo”) y, por fin, un capítulo muy interesante dedicado a analizar en detalle las reconstrucciones cinematográficas del espectáculo de las carreras de cuadrigas, la mayoría de las cuales son versiones de la popular novela *Ben-Hur*, de Lew Wallace, publicada en 1880 (el capítulo 5, “Carreras del circo en la gran pantalla: *Ben-Hur* [1925, 1959 y 2016] y *Teodora, emperatriz de Bizancio* [1953]”), un capítulo esperable en un autor que es uno de los principales expertos en el cine de romanos o *péplum*. Además, son dignas de mención un conjunto de once imágenes, que abarcan las pp. 35 a 45, que ilustran diversos detalles del desarrollo de las carreras tratados en el libro.

Sin ánimo de ser exhaustivos, vamos a detenernos en aquellos aspectos del trabajo que consideramos pueden resultar más atractivos para el lector.

De entrada, los *ludi circenses*, como todos los demás tipos de *ludi*, tienen un origen religioso, en concreto, en sus inicios estuvieron vinculados con la fiesta denominada *Consualia*, que los romanos celebraban el 21 de agosto y el 15 de diciembre en honor de Conso, un dios de la siembra y el grano recolectado. Durante esta fiesta tenían lugar carreras de carros en honor de los dioses subterráneos relacionados con el ciclo agrícola.

Este origen religioso no se olvidó nunca, pues, durante todos los siglos de vigencia de este tipo de carreras, antes de la celebración de las mismas tenía lugar una procesión o *pompa* donde ocupaban un lugar de honor las estatuas de los dioses y ciertos sacrificios propiciatorios. Además, con el tiempo, estas carreras fueron parte integrante del espectáculo que acompañaba a los cada vez más numerosos *ludi* que se organizaron en honor de ciertas deidades del panteón romano. La multiplicación de los *ludi* y el progresivo aumento de su duración hicieron que el número de días dedicados a las carreras de carros se incrementara notablemente con el tiempo, de modo que en el siglo IV d. C. fueran ya 64 los días consagrados a este fin. Parece que cada día de competición la media de carreras era de unas 24, normalmente de cuadrigas, aunque no faltaban tampoco las carreras con tiros de dos y tres caballos (bigas y

trigas, respectivamente) y otros tipos de espectáculos, como *venationes* o exhibiciones de bestias salvajes.

Junto a la finalidad religiosa los *ludi*, y en concreto los que tenían lugar en el circo, tuvieron también una finalidad política, tanto en Roma como en Bizancio. No olvidemos que durante la República los candidatos a las magistraturas trataban de ganarse por todos los medios el voto de los electores —incluidos todo tipo de *ludi*—, mientras que en el Imperio los juegos fueron un modo de mantener vivo el vínculo entre el emperador y sus súbditos, algo que veremos repetido en el caso de las carreras del hipódromo bizantino, llegando a constituir un elemento fundamental del culto imperial.

Otro aspecto en el que se detiene particularmente el autor es en toda la parafernalia que rodeaba a las diversas *factiones* o “equipos” que participaban en las carreras, normalmente cuatro, que se diferenciaban por el color que vestía el auriga que las representaba: blanca, roja, azul y verde, siendo las más influyentes y las que más seguidores arrastraban la azul y la verde.

Las *factiones* debemos entenderlas como auténticas empresas comerciales que movían una ingente cantidad de recursos, sin los cuales las carreras no habrían alcanzado el desarrollo y esplendor que atestiguan las fuentes. Esos recursos provenían del alquiler de sus equipos a los organizadores de los juegos y de donativos de sus seguidores, entre los cuales destacaban los propios emperadores<sup>1</sup>. Al frente de ellas estaba el *dominus factionis*, el responsable máximo, auxiliado por un *vilicus*, que se ocupaba de las finanzas y de supervisar todo el material, el personal y las caballerizas. Había también un *conditor* encargado de la alimentación y cuidado de los animales y una serie de *doctores* o *magistri* que hacían las veces de entrenadores.

Del equipo que participaba directamente en la carrera, además del auriga, podemos señalar al *sellarius*, encargado de la fabricación de los

---

<sup>1</sup> Conocida es la afición de muchos emperadores por los espectáculos del circo, aspecto éste al que el autor dedica todo un epígrafe dentro del capítulo IV, pp. 72-75, y en el que también se extienden con profusión las fuentes históricas, dándose casos que superan ampliamente los límites de la locura, como el del emperador Calígula, quien no sólo fue un fervoroso seguidor de los verdes, sino que incluso llegó a ejercer de auriga en algunas ocasiones y manifestó un desmedido amor por el caballo *Incitatus* al que rodeó de todo tipo de lujos e incluso, se dice, que estuvo sopesando nombrar cónsul.

carros; al *sutor*, que se ocupaba de los utillajes de cuero, y al *sarcinator*, especie de sastre, que confeccionaba las vestimentas de los aurigas y los cobertores para los caballos. Otro personal subalterno, pero no menos importante, eran el *cellarius* o despensero; el *morator*, encargado de refrenar a los caballos en las *carceres*; los *tentores*, que abrían las puertas de las cocheras una vez dada la señal de salida; el *sparsor*, que refrescaba a los caballos durante la carrera, y el *hortator*, que iba a caballo y debía animar a los aurigas y caballos de su *factio* y ayudarles en momentos de peligro mediante determinadas señales. Por supuesto, fundamental era también el papel de médicos y veterinarios, encargados de la salud de cocheros y caballos.

Respecto a los cocheros, normalmente esclavos o libertos, parece que se distinguía entre *aurigae* y *agitatores*, siendo el primero un término genérico para referirse a todos los cocheros en general, mientras que el segundo se reservaba para aquellos más experimentados que habían logrado triunfar. Parece que era habitual que a lo largo de su carrera un auriga pudiera pasar de una facción a otra, sin que eso afectara aparentemente a su popularidad. A su muerte eran su familia o sus seguidores los encargados de levantar sus monumentos funerarios, cuyos epitafios se han convertido para nosotros en unas magníficas fuentes de información sobre sus respectivas carreras profesionales, al recogerse en algunas inscripciones funerarias todo el palmarés de los mismos.

De otro lado, respecto al circo, más allá de los detalles sobre el colosalismo del Circo Máximo de Roma, y el hecho importante de que este tipo de instalaciones no faltaba en casi ninguna ciudad provincial de una cierta entidad, al lector sin duda le sorprenderá el simbolismo asociado al mismo. En efecto, el circo se vinculaba con el Sol y su ciclo anual, de forma que sus dos *metae* representaban Oriente y Occidente. Además, las doce *carceres* simbolizaban los doce meses o los doce signos del zodiaco. Las siete vueltas que debían ejecutar los carros eran una referencia a los siete planetas o a los siete días de la semana. Las cuatro facciones se relacionaban cada una con una estación del año, con uno de los cuatro elementos y con un dios concreto.

Para ilustrar lo que debía ser una carrera de cuadrigas tipo, en las pp. 56 a 61 el autor recrea una de estas carreras donde se permite la “licencia” de hacer competir juntos a cuatro de los principales aurigas de los que tenemos más información: Diocles, campeón del equipo rojo,

Fuscus, representante de los azules, Scirtus, de los blancos, y Polynices, de los verdes. Esta carrera ficticia, por cierto, contada con todo lujo de detalles, con *naufragium* incluido, en el que se vieron implicados los carros de Diocles y Fuscus —percance éste del que el peor parado fue Diocles, que vio su carro hacerse añicos y él mismo fue arrastrado por sus caballos—, fue ganada por Polynices, que recibió la palma de la victoria, una corona y una fuerte suma de dinero como premio.

Muy interesante es el capítulo dedicado a la influencia de los juegos en la vida cotidiana. Más allá del desenfreno de los seguidores de cada *factio*, que consideraban al circo como su hogar, y del *merchandising*, que, aprovechando la popularidad de las carreras, llevó a representar motivos relacionados con las mismas en multitud de objetos de la vida cotidiana, según el autor, el hecho mismo de decorar las casas con mosaicos y pinturas con motivos “circenses” no sólo demostraba la afición del *dominus* de la casa o villa, sino que era una manera de simbolizar, y de intentar atraerse, el éxito y la prosperidad, sobre todo cuando los representados eran aurigas victoriosos.

Pero es que, además, para garantizarse el triunfo no eran pocos los que recurrían a las *artes magicae*, en particular a la magia negra, siendo uno de los procedimientos más utilizados las *tabellae defixionis*, unas tablillas, normalmente de plomo (metal relacionado con el mundo de los muertos y con el planeta Saturno, entendido como astro maléfico), en las que se escribía un texto, a modo de encantamiento, en el que se invocaba a las divinidades infernales para perjudicar al rival. Para garantizarse el éxito era preceptivo esconder la tablilla, a menudo enrollada, en una urna funeraria o en una tumba, prioritariamente de personas muertas a destiempo, como los niños, o que hubieran sufrido una muerte violenta.

Para combatir el uso de las artes oscuras los cocheros no dudaban en recurrir a procedimientos de protección como los amuletos o el uso de conjuros de protección, como los que nos han transmitido los papiros.

Pero, sin duda, una de las principales aportaciones del trabajo de Lillo Redonet es el análisis que hace de todas las versiones cinematográficas de la famosa carrera de carros que enfrentó al romano Mesala y al judío Ben-Hur, a partir de la novela *Ben-Hur* de Lew Wallace, aparecida en 1880, así como de la cinta *Teodora, imperatrice de Bisanzio* (1953), de Riccardo Freda, para ilustrar este mismo tipo de espectáculo en el

hipódromo bizantino.

De *Ben-Hur*, la primera versión fue la de 1907 dirigida por Sydney Olcott, muy limitada. Siguió a ésta la de 1925 cuyo director fue Fred Niblo. En el rodaje de ésta se emplearon cuarenta y dos cámaras y en ella participó como ayudante del director William Wyler, precisamente el encargado de dirigir la versión de 1959, cuya carrera de carros ha quedado en la memoria de los espectadores por su espectacularidad y por la emoción que logra transmitir, a pesar de las evidentes diferencias con las de la antigua Roma. En fin, de 2016 es la última versión cinematográfica de *Ben-Hur*, de T. Bekmambetov, donde se han respetado muchos aspectos del desarrollo de las carreras de la antigua Roma, aunque el autor destaca como lo más original de dicha versión la forma de rodar la carrera, con cámaras GoPro, que pretenden situar al espectador en la propia pista alternando visiones subjetivas y objetivas. Respecto a la cinta italiana antes mencionada, se trata de un típico producto de la época dorada del *péplum*, que entre otras libertades se permite hacer competir en la arena al mismísimo emperador Justiniano por los azules, que resulta vencido por Teodora, hija de un domador de osos, que competía por los verdes, tras usurpar el puesto del auriga Arcal, su amante.

A modo de conclusión, queremos destacar que el profesor Lillo Redonet, con su habitual maestría y buen hacer, pone a disposición del público lector una magnífica exposición del complejo mundo que rodeaba a las carreras de carros romanas, quintaesencia del mundo romano como “civilización del espectáculo”, sin olvidar ningún aspecto ni detalle de las mismas por nimio que parezca, y, sobre todo, con un gran respeto por las fuentes antiguas, pero integrando en su trabajo muchas aportaciones que debemos a la investigación más moderna. Un mérito añadido de este libro es que se ocupa de un tema de plena actualidad, que sigue suscitando el interés de los investigadores, como demuestra la celebración entre los días 16 y 19 de noviembre de 2016 del 3º Congreso Internacional d’Arqueologia i Món Antic en Tarragona, con el tema precisamente de las carreras en el circo romano: “La glòria del circ: curses de carros i competicions circenses”<sup>2</sup>. Además, se trata de un aspecto de la civilización romana del que no abundan precisamente los trabajos divulgativos en nuestra lengua. Por todo ello consideramos

---

<sup>2</sup> Cf. <<http://www.tarracobiennial.com/>> [consulta: 30/12/2016].



que estamos ante un libro de lectura más que recomendable para todos los interesados en el mundo clásico.

Cristóbal Macías  
Universidad de Málaga